

Gianluca Gotto

SIEMPRE OCURRE
ALGO MARAVILLOSO

UN VIAJE INESPERADO Y EL APRENDIZAJE
DE LAS NO REGLAS BÁSICAS

Traducción de:
ANA CIURANS FERRÁNDIZ

 E+BOLSILLO

*Dedicado a cada amanecer
y a cada puesta de sol que he contemplado.
Y a todos los maestros que, sin ser conscientes de serlo,
he encontrado a lo largo de mi vida.*

MI ABUELO SIEMPRE llamaba el mismo día a la misma hora. Todos los domingos a las nueve en punto de la noche, al teléfono fijo de casa. Mamá y yo sabíamos que solo podía ser él.

«¡Ahí está! —exclamaba ella—. Puntual como un reloj suizo». A veces, al decirlo, ponía los ojos en blanco, pero era todo teatro. Yo adivinaba cierto alivio en esa actitud: el de quien sabe que alguien la busca, siempre y por encima de todo; también el de una mujer adulta que, a pesar de rondar los cincuenta, aún puede contar con su padre.

El timbre del teléfono no llegaba a sonar tres veces. «Hola, papá», decía ella levantando el auricular. No había necesidad de contestar «Dígame» ni de preguntar quién era. Solo podía ser el abuelo, que se negaba a aprender a utilizar el móvil para llamarnos.

Mientras ellos charlaban de todo un poco, yo me quedaba sentado a la mesa, frente a las cajas de cartón, frías y secas, de la *pizza*, otro ritual de los domingos por la noche. De vez en cuando trataba de escuchar qué decían, aunque casi siempre mataba el tiempo con el móvil a la espera del «relevo». Al cabo de cinco minutos, diez como mucho, mi madre me llamaba y entonces iba hasta la cocina, con sus paredes blancas que reflejaban la fuerte luz de la lámpara de techo y el desatendido rumor de la televisión de fondo, en el salón oscuro y silencioso.

El abuelo y yo nos veíamos poco porque él vivía en el campo, lejos de la ciudad, y se tardaba cuarenta minutos en coche para llegar a su casa. En realidad, ese era el pretexto del que nos valíamos mamá y yo cuando nos sentíamos culpables por haber dejado pasar demasiado tiempo desde la última visita.

El verdadero motivo era que el tiempo no nos sobraba. Mi madre estaba absorbida por su trabajo y yo por la universidad primero, y luego por las prácticas. Por un motivo u otro, todos los días volvíamos a casa bien entrada la tarde y estábamos demasiado cansados para ir a verlo.

Él nunca nos lo había echado en cara, al contrario, casi pedía perdón por haber elegido vivir fuera de la ciudad, pero para él aquella casa era «más que cuatro frías paredes». Cuando íbamos a verlo parecía sinceramente apenado por hacernos perder el tiempo, y siempre nos lo agradecía preparándonos algo de comer. Habíamos tratado de convencerlo muchas veces para que comprara unas *pizzas* y no cocinara, sin embargo, él se mantenía en sus trece. Nos decía sonriendo que lo hacía con mucho gusto y era imposible dudar de sus palabras. Aunque preparar la comida o la cena para una hija y un nieto era inusual para un hombre de su edad y su generación, cada vez que íbamos yo observaba admirado la innegable naturalidad y alegría con que lo hacía.

«Sentarse a la mesa con tus seres queridos es tenerlo todo», comentó una vez mientras cortaba cebolla.

Nos veíamos poco, pero el vínculo que nos unía era fuerte; y la llamada del domingo era sagrada. Lo era porque cuando uno es hijo de padres divorciados, y las dos personas que para ti representan la idea del amor desde que eres niño se odian hasta tal punto que solo desean estar lo más lejos posible la una del otro, es muy difícil tener referentes estables; o incluso creer que existan.

Mis padres se separaron cuando yo tenía quince años, después de dos años de peleas y silencios ensordecedores. A partir de entonces, mi existencia cambió para siempre, y con ella mi manera de ver las pequeñas cosas de la vida. Esas cosas que cuando se tienen se dan por sentado y que se echan de menos cuando se pierden. O quizá no sean tan pequeñas.

Cuando tus padres se separan ya no tienes una casa, sino dos. Dos armarios donde poner la ropa, dos camas donde

dormir, dos cocinas donde desayunar, comer y cenar y dos baños donde mirarte al espejo todas las mañanas. Al principio, como todas las novedades, parece una aventura, pero luego se convierte en un marrón. Al final, es estresante y te preguntas si realmente era necesario llegar a eso.

Tus padres siguen adelante con su vida, y, a pesar de que se esfuerzan para que creas lo contrario, uno tiene la impresión de que lo han dejado un poco atrás. O bien se afanan para incluirte en ella, pero en ese caso te sientes una carga. A su vida llegan otras personas, y, en consecuencia, a la tuya. Personas con las que procuras llevarte bien, y que quizá desaparezcan tal y como llegaron, lo cual no te causa ni pena ni alegría. La única certeza que tienes es que siempre hay novedades: desplazamientos, costumbres, perspectivas que antes eran inimaginables...

En esa situación que cambia continuamente es fácil sentirse perdido. Yo tenía suerte, por lo menos podía contar con mi abuelo. Su llamada del domingo por la noche y su manera única de estar presente, incluso sin decirlo, eran como una boya bien visible en un mar de incertidumbres.

Lo tenía en mucha estima y, por supuesto, lo quería. Y no solo porque a pesar de la edad y de algún que otro achaque era aún un hombre fuerte al que le gustaba pasear por la montaña e ir en bicicleta; no solo porque era una persona con aficiones e interesante, curiosa y activa; no solo porque hablaba poco, pero sonreía mucho y utilizaba la sonrisa para responder, como si no hubiera nada más que añadir, hasta el punto de que a veces uno tenía la impresión de «sentirla», al otro lado del teléfono. No solo por esas cosas.

El motivo por el cual lo respetaba y lo admiraba tanto era otro y tenía que ver con una historia de la que a nadie de nuestra familia le gustaba hablar.

El abuelo era viudo desde hacía unos diez años. Fue una situación trágica por sí misma; la muerte se mofó cuando se presentó inesperadamente en su vida justo dos semanas antes de que mi abuelo se jubilara. Mi abuela falleció mientras dormía

a causa de un problema congénito del corazón que todos desconocíamos.

Perder a un ser querido es doloroso, pero perderlo a un paso de la libertad de la jubilación es desgarrador. Mi abuelo se encontró con todo el tiempo libre del mundo a su disposición sin nadie con quien compartirlo. Todos los miembros de la familia temimos que no lo superara, sobre todo tras haberlo visto, en el entierro, llorar a lágrima viva y prácticamente incapaz de sostenerse en pie. Parecía un hombre acabado. Mi padre tuvo que sujetarlo durante toda la misa. Al final, cuando se derrumbó sobre el ataúd cerrado, creo que todos los presentes pensamos lo mismo: «¿Cómo va a seguir adelante?»; una pregunta que planteaba otra aún más terrible: «¿Cuánto tiempo pasará antes de que tengamos que enterrarlo a él?».

Sucedió, en cambio, algo inesperado. Para empezar, el abuelo tomó la decisión de seguir trabajando otros seis meses. Sus desplazamientos, largos y lejanos, nos parecieron un intento de desocupar la mente, de negar el duelo. A nuestros ojos, seguía siendo un hombre destrozado a quien era imposible ayudar porque se había encerrado por completo en su dolor. Estuvimos preocupados por él hasta que un día regresó de uno de sus viajes de trabajo al extranjero convertido en un hombre nuevo. No quedaba ni rastro de tristeza y desesperación en su rostro. Su actitud y cada uno de sus gestos rebosaban amor. Nadie de la familia podía explicarse qué había pasado, pero el cambio era evidente.

Fue entonces cuando el abuelo anunció que había decidido jubilarse. A partir de ese momento se convirtió en un punto de apoyo para todos, porque cuidaba de cada uno de nosotros. Parecía como si su nueva misión en la vida fuera mantener unida a la familia, lo cual resultaba una hazaña tras el divorcio de mis padres.

De alguna manera consiguió dejar atrás el sufrimiento y mantenerse activo con un optimismo increíble, y se convirtió en el pegamento de la familia. A pesar de la mala pasada que el destino le había jugado, no desahogó su frustración en los

demás ni se convirtió en una persona llena de odio y rencor. Al contrario, nunca hablaba de nadie con rabia o antipatía.

Estaba más pendiente que nunca de nosotros. Llamaba por teléfono, se preocupaba, nos ayudaba a resolver los pequeños problemas cotidianos, y, ante todo, nos escuchaba. No obstante, era como si ocultase una herida aún abierta, y cada domingo por la noche rechazaba con amabilidad cualquier intento por mi parte de desviar la atención hacia su lado del auricular. Quería que fuera yo el que hablara, él tenía suficiente con escuchar. No había ninguna posibilidad de que compartiera conmigo lo que sentía. Y cuanto más insistía yo, más se cerraba él, así que me resigné y dejé que las cosas siguieran su curso.

Era, en efecto, una manera de defenderse, pero también la actitud de alguien que sabe escuchar a los demás y que solo quienes se «entregan» saben hacer. Una cualidad poco habitual.

Hasta entonces yo distinguía entre dos clases de personas: las que apenas te confías te abruman con frases que tratan de venderte como opiniones y las que permanecen en silencio, aunque no escuchan, auténticos muros de indiferencia contra los que las palabras rebotan sin posibilidad de traspasarlos.

Y luego estaba el abuelo, que permanecía en silencio para concentrarse todo lo posible en lo que le contaba. No se perdía detalle, y si había algo que no entendía, como una palabra o el sentido de una reflexión, me pedía que se lo repitiera o explicara. También lo quería por eso.

El abuelo poseía una empatía poco común, de esas proclives a preocuparse por los demás en vez de pensar en lo injusta que es la vida con uno. Tenía todo el derecho a quejarse, a deprimirse y a caer en el victimismo más absoluto, pero no lo hacía. Solo las personas muy sensibles lo logran, porque eso significa ir más allá del propio sufrimiento y no volverse ciego ante el de los demás.

El abuelo era una de esas personas. Quizá por eso fue el primero en notar mi depresión.

HAY ÉPOCAS EN las que todo va exactamente como uno había imaginado. La vida sigue el surco trazado por las esperanzas y las expectativas, como un río en crecida que parece imparable. A veces, cuando te paras a pensar, tomas conciencia y te sientes feliz por eso. En tu fuero interno, en lo más profundo de tu ser, una vocecita dice algo que nadie se atrevería a expresar en voz alta: «Te lo mereces. Te lo mereces, porque siempre te has empleado a fondo. No eres un fenómeno, no eres un elegido, no tienes ambiciones fuera de lo común, pero siempre te has esforzado mucho. Has trabajado sin descanso para que todo saliera bien, y ahora que lo has logrado te parece justo. Simplemente justo».

Así me sentía el día de mi vigesimoquinto cumpleaños. Mi novia me había organizado una fiesta sorpresa en la que participaron todos mis amigos. Bebimos, comimos y reímos, éramos felices, y yo, en un momento en que me quedé solo, sin nadie a quien saludar o dar las gracias, sonreí al pensar que todo iba a la perfección. Todo. Tenía salud, me gustaba mantenerme en forma, jugaba al baloncesto en un pequeño equipo *amateur* con el que entrenaba cada dos días, y destacaba entre mis amigos y familia por tener un hambre de lobo, esa hambre típica de las personas rebosantes de vida, que se comerían el mundo entero.

Trabajaba de becario (remunerado) en un prestigioso estudio de arquitectura de mi ciudad, donde todo indicaba que me fraguaría una larga y brillante carrera, porque me desvivía cada día como si no existiera nada más y mi esfuerzo era reconocido. Un día, habrían pasado unos tres meses desde que había empezado, el jefe me convocó a su despacho para decirme que,

cumplidos los primeros seis meses, me contratarían de manera indefinida. Cuando me estrechó la mano fue como si sellara una promesa que, según él, se cumpliría «al noventa y nueve por ciento». Para mí, tener un trabajo estable en ese estudio significaba «situarme», labrarme una posición, admirar el panorama desde la cima de la montaña. Tras cinco años de bachillerato artístico y otros tantos de universidad, seis meses de prácticas y miles de horas diseñando y proyectando por mi cuenta, no podía imaginar nada mejor.

La unidad de mi familia se había roto con el divorcio de mis padres, pero podía seguir contando con ellos. Mi madre haría cualquier cosa por mí, y, aunque quizá era demasiado protectora, era sin duda uno de mis pilares. Con mi padre podía contar un poco menos, pues tras la separación había formado una nueva familia y tenía dos hijos pequeños. Por más que se esforzara, su atención se dirigía inevitablemente hacia ellos. Sin embargo, tenía más suerte que otros, al menos tenía un padre. Además, estaba el abuelo, una presencia ligera, pero constante, con su llamada de los domingos por la noche y la firme seguridad que lograba transmitirme: «Cuenta conmigo para cualquier cosa, Davide», solía decirme.

También estaban los amigos, por supuesto. Pero mi verdadero apoyo era Valentina. Nos habíamos conocido en primaria, luego nuestros caminos se separaron y en el instituto nos encontramos de nuevo. La amistad de niños se transformó en amor, en una relación que se afianzó con el paso del tiempo. Siete años, para ser exactos. La quería porque con ella me sentía a salvo. Bastaba con ver juntos una película para que un día corriente se convirtiera en un día extraordinario; o escuchar su voz antes de acostarme para dormir a pierna suelta. Pensar en nuestro futuro era motivo suficiente para sonreír. Si bien parecía prematuro afirmar que Valentina fuera la mujer de mi vida, estaba seguro de que solo la quería a ella.

Cuando empecé las prácticas, hablamos por primera vez de convivir. Ella vivía con sus padres y yo con mi madre, y ambos

teníamos una edad en que la necesidad de independencia era inaplazable, y después de tantos años de novios era el momento de que nuestra relación pasara al siguiente nivel. Ella trabajaba en el departamento comercial de una gran multinacional y contaba con un contrato indefinido, así que entre su sueldo y el que yo cobraría podríamos permitirnos pagar el alquiler de una casa pequeña, pero nuestra. No veía la hora de que llegara ese día; era, quizá, lo único que le faltaba a mi vida.

Sin embargo, cuando aquella noche en la que celebrábamos mi cumpleaños me dijeron que pidiera un deseo antes de apagar las velas, ni siquiera se me pasó por la cabeza. En el fondo, ir a vivir juntos dependía de nosotros, no tenía que pedírselo a nadie. No deseaba nada que no dependiera de mí. Al final, después de soplar las velas, poco antes de que la última llama se convirtiera en un hilo de humo en el aire, pedí simplemente que nada cambiara.

Cometí un grave error. Puede que el universo se tomara como una ofensa la escasa consideración que tuve por la oportunidad que me ofrecía. O puede que simplemente quisiera hacerme entender, por las malas, que todo cambia, siempre, y que le había hecho un feo deseando algo imposible. O puede que no tuviera nada que ver con eso.

Lo único que sé es que a partir de aquel momento todo se fue al traste.

PASÉ LAS ÚLTIMAS semanas de las prácticas sin ninguna preocupación. La firma del contrato indefinido era una pura formalidad y todo el mundo me decía que estuviera tranquilo. El abuelo fue el único que prefirió no celebrarlo hasta que firmara el contrato. Me sentó un poco mal, porque me habría gustado que hubiera mostrado algo más de entusiasmo.

Aquel día el cielo estaba gris, llovía y hacía frío, un día corriente de principios de febrero. Esa noche dormí profundamente. Dos días antes había encargado un pastel para celebrarlo con Valentina, así de seguro estaba de que todo saldría bien.

Llegué el primero al estudio, ocupé mi escritorio y me puse a trabajar como si fuera un día cualquiera. Cuando el jefe me hizo señas para que fuera a su despacho tuve la primera duda: ¿por qué ponía aquella cara?

Entré sonriendo, aunque algo tenso, más de lo que había imaginado. Él me miró con una expresión que podía significar muchas cosas, pero ninguna buena. Me detuve, paralizado. «No, no puede ser», repetí mil veces para mis adentros. «No, no puede ser». Pero lo era. Me pidió que me sentara y lo hice. Luego se puso a hablarme de problemas, imprevistos, competencia desleal, autónomos que hundan el mercado, crisis económica, falta de ayudas del Estado a las pequeñas empresas... Un montón de palabras que escuchaba sin ni siquiera entenderlas. En mi cabeza solo cabía una pregunta: «¿Y ahora qué?».

Conocía esa sensación. Había apostado una vez a qué equipo ganaría un partido de fútbol, y a escasos veinte minutos para el final, ese equipo ganaba tres a cero. Estaba con unos amigos, y la seguridad de que había ganado era tal que me puse

a celebrarlo y a pensar en lo que iba a comprarme con el dinero de la victoria. Cuando fui a comprobar el resultado, por pura formalidad, descubrí que el partido había acabado con un empate cuatro a cuatro. Fue la misma sensación que experimenté cuando me dijo que me había quedado sin trabajo, pero ampliada un millón de veces.

Sentí que me caía al vacío, como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Me faltaba la respiración, al igual que cuando de niño tenía la impresión de que el tiovivo giraba muy deprisa, demasiado deprisa, con la diferencia de que ahora parecía que nunca iba a parar.

Le dije al jefe que entendía su decisión, aunque no era verdad. La verdad era que había hecho todo lo que estaba en mis manos para cumplir. No habría podido dar más ni hacer más, a pesar de que no había sido suficiente. Y eso no lograba aceptarlo. Era una injusticia. No me lo merecía.

CUANDO AQUELLA NOCHE volví a casa mentí a mi madre por primera vez. Me preguntó si había firmado el contrato y le dije que sí. Ella quería hablar, celebrarlo, se alegraba por mí. Yo hice el papel y luego me encerré en mi habitación. Me tumbé en la cama y me eché a llorar con la cara apretada contra la almohada para que no me oyera; ella, entretanto, llamó a mi tía para darle la buena noticia.

No se lo dije a nadie, ni siquiera a Valentina, si bien a ella no pude mentirle tan descaradamente y gané tiempo escudándome en el pretexto de que habían aplazado la firma pero todo iba bien. Estaban convencidos de que el lunes siguiente iría a trabajar como siempre, sin embargo, otro becario, seguramente más preparado que yo, ocuparía mi escritorio. ¿Cómo había podido hacerme tantas ilusiones?, ¿cómo había podido ser tan ingenuo? Había hecho castillos en el aire, me había instalado en ellos y acababa de descubrir que estaban vacíos por dentro. Así fue como empecé a desmoronarme.

Cuando llegó el lunes, fingí que iba a trabajar. Hasta el último momento tuve la intención de contar la verdad, de admitir que no era más que un desempleado, pero no pude. No podía aceptar el fracaso y no quería que los demás me vieran como un perdedor. Por si fuera poco, puesto que ya habían pasado unos días, a esas alturas era también un mentiroso. Reconocer la verdad me desenmascararía, así que lo mismo daba esperar un poco antes de humillarme públicamente.

Aquella mañana, tras levantarme y desayunar, me puse la chaqueta buena, cogí el maletín con mis proyectos y mis instrumentos y me despedí de mi madre antes de salir de casa. Ella, muy contenta, me felicitó por mi primer día de «trabajo»: fue como recibir una puñalada en el corazón.

Recorrí el camino habitual para ir al estudio, pero cuando llegué, en vez de bajar del coche, me quedé frente a la puerta que había cruzado durante seis meses con la ingenua convicción de que seguiría haciéndolo durante años. Me quedé un rato allí parado, con las luces de emergencia encendidas, mirando cómo mis excompañeros entraban uno tras otro. ¿Por qué ellos sí y yo no? Hice una lista mental de los defectos profesionales y personales de cada uno y enumeré para mis adentros los infinitos motivos por los que no merecían estar allí más que yo.

Luego arranqué y seguí conduciendo sin rumbo, hasta que me detuve en el aparcamiento de un pequeño parque. Me senté en un banco con el maletín y la chaqueta puesta. No podía dejar de pensar en lo injusta que era la vida. Eran las diez de la mañana y a esa hora todo el mundo está en el trabajo o en el colegio. Solo los desempleados y los jubilados van dando vueltas por ahí.

Cuando un simpático anciano me dio los buenos días me invadió una oleada de ansiedad. Me levanté, subí al coche y regresé a casa. Me metí en la cama, me tapé con las mantas y vi series todo el día. Poco antes de la seis, me vestí de nuevo, cogí el maletín, salí y esperé a que mi madre volviera antes de regresar a casa.

—¿Qué tal ha ido el trabajo? —me preguntó.

—Estupendamente —respondí—. Voy a la ducha, que llevo todo el día fuera.

Me metí en la ducha con la esperanza de que el agua caliente deshiciera el nudo que tenía en la garganta.